

## CAPITULO XLIX.

### LA UNION LIBERAL.

Toda vez que nos hallamos en Zaragoza, seria una ingratitud abandonar esta heroica ciudad sin hacer cumplida justicia al liberalismo de sus honrados habitantes.

A este propósito suspendemos por breves instantes la hilacion de los sucesos de julio de 1854, para relatar lo que en enero de 1856, en que escribimos estas líneas, acontece contra las hermosas esperanzas que el espíritu del pronunciamiento de Zaragoza hizo concebir á la nacion entera.

Y citamos solo á Zaragoza, porque fué donde Espartero hizo la solemne promesa de CONSAGRAR SU VIDA Y SU REPUTACION AL SANTO OBJETO DE QUE LA VOLUNTAD NACIONAL SE CUMPLA.

Se ha deslizado año y medio desde aquel momento solemne, tiempo sobrado sin duda para haber constituido al pais y dotádole de las sábias reformas que tenia derecho á esperar de los hombres

á quienes la revolucion habia encumbrado al poder; pero lejos de haber obtenido el pueblo los beneficios que con su sangre creia haber conquistado, se vé abrumado por un malestar espantoso que le conduce á un abismo.

Un gobierno débil, temeroso y vacilante no se atreve á emprender con resolucion y franqueza el único rumbo capaz de salvar la nave del Estado antes de que arrecie la tormenta en el borrascoso mar de las pasiones, de dia en dia mas enconadas por la conducta incomprensible y anómala de los que tan bellas esperanzas hicieron concebir al partido liberal.

Espartero, acaso con la mejor fé del mundo, parece que nada ha aprendido en la adversidad, y los desacreditados santones que le perdieron en 1843, tan desatentados como entonces, tratan ahora de hacerle incurrir en los mismos errores que dieron el triunfo á los moderados.

¿No significa algo para el duque de la Victoria la separacion de sus mas entusiastas partidarios, de sus amigos mas íntimos, de los hombres dispuestos siempre á sacrificarse en su defensa?

¿Cree Espartero que hay muchos corazones tan generosos y leales como el del valiente Garrea y otros de sus amigos, á quienes uno en pos de otro hemos visto desaparecer de la escena política?

¿Y esto no le dice algo?

¿Ha consentido de buen grado en el alejamiento de sus mas ardientes partidarios?

¿Qué contraste ofrece esta conducta con la del general O'Donnell!

Firme en su propósito, el señor ministro de la Guerra, propósito que el pais desconoce enteramente porque hasta ahora es un misterio incomprensible, conserva en sus destinos contra el clamor

general, á ciertos amigos suyos á quienes la opinion pública mira con justa prevencion.

Que la revolucion de julio dió la situacion al partido progresista, no cabe la menor duda.

Que O'Donnell fué admitido en esta gran comunión liberal, desde que en el programa de Manzanares hizo al pueblo solemnes promesas arregladas á los dogmas del progreso, tambien es cuestion ya resuelta.

¿Qué táctica es pues la suya al confiar los mas altos empleos á hombres que nunca han formado en las filas del partido progresista?

Es la táctica del gefe de ese nuevo partido en hora menguada proyectado con el hipócrita lema de *union liberal*.

No hay que dudarle; la descabellada idea de esta union, tan desgraciadamente concebida como la que en antaño proyectó el autor del Estatuto con el nombre de *fusion*, es la disculpa del general O'Donnell para enaltecer á hombres que no son admisibles en una situacion esclusivamente progresista, en tanto que se posterga á los verdaderos liberales.

Y mientras Espartero permite el alejamiento de la escena política á liberales tan probados, á compañeros tan leales, á militares tan valientes y pundonorosos como Gurrea, Gurrea cuyo amor á Espartero solo puede compararse con el que profesa un buen hijo á su padre, y que ni en la dicha ni en el infortunio le habia abandonado un solo momento hasta ahora, O'Donnell declara en pleno Parlamento que el día en que se separase á alguna de sus hechuras políticas, principalmente á los generales de Vicálvaro, verdadera encarnacion y simbolo del tercer partido, se creeria en la obligacion de retirarse del poder.

¿Y no dice nada todo esto al duque de la Victoria?

¿No comprende Espartero que el general O'Donnell aparece aquí en primera línea y trata de hacer suya una situacion que la revolucion entregó al duque de la Victoria, porque le reconocia por gefe del gran partido liberal, que es el partido del progreso, no tal como lo entienden los vetustos y egoistas santones, sino como le comprenden los hombres de recto corazon y esa lozana juventud destinada á completar el triunfo de la libertad y la ventura del pais?

Si Espartero persiste en que se CUMPLA LA VOLUNTAD NACIONAL, como ha declarado en repetidas y solemnes ocasiones, es preciso que enérgicamente se decida, no solo á sostener las conquistas de la última revolucion, si no á que se desarrollen todas las beneficiosas consecuencias que de ella esperaba el pais.

La voluntad nacional está en que sea una verdad lo que se prometió al pueblo en julio de 1854, porque solo en julio triunfó la revolucion, y es preciso que no se confunda con la insurreccion militar de Vicálvaro; pues si bien es verdad que esta inició el movimiento, no fué en sentido progresista y fracasó.

Desesperados los insurrectos apelaron á los dogmas del progreso en Manzanares, donde enarbolaron nueva bandera, y solo á la vista de esta gloriosa insignia en que se daba un completo desagravio á la Milicia nacional, llamándola á las armas como el mas firme apoyo de la libertad y del orden, se alzó el pueblo en julio, y el pueblo y solo el pueblo triunfó de sus inicuos opresores, y salvó al general O'Donnell del inminente peligro en que se hallaba.

El general O'Donnell no debiera olvidar nunca esta circunstancia, ni ser ingrato con los que cambiaron su desesperada posicion en brillante victoria.

¿Pudo desconocer O'Donnell que desde entonces pertenecia la

situacion esclusivamente al verdadero partido progresista?

¿Pudo desconocer O'Donnell que él y los *doce ó catorce* hombres de corazon que se lanzaron á la liza en junio, debieron su salvacion y su triunfo al partido liberal mas avanzado?

Es preciso no olvidar lo que dijo un diputado en la Asamblea: ha habido dos revoluciones, la de junio y la de julio, la primera de los moderados descontentos presidida por el general O'Donnell, la segunda, verificada por el partido progresista que puso á su frente al general Espartero.

«Es un grande error histórico, decia con suma razon el diputado Rivero, creer que la revolucion de junio empezó en el Campo de Guardias; el movimiento del Campo de Guardias fué el término de una gran crisis que fermentaba en el seno del partido moderado.

El general Narvaez, con mayoría en el Parlamento y con todos los elementos de poder, vió sin embargo la gran tormenta que los militares del partido moderado preparaban contra aquella administracion, y tuvo la prevision de salir del ministerio antes que estallase.

Desde entonces la dominacion moderada no fué mas que una conspiracion militar permanente, que vino reproduciéndose bajo diversas formas hasta el Campo de Guardias.

Vino la revolucion de Madrid, y ya no se contentó con el círculo trazado por el levantamiento del Campo de Guardias; el pueblo quiso destruir, aniquilar hasta los últimos fragmentos del edificio político, administrativo y financiero que habian levantado los moderados durante once años.

Ese pueblo no formuló ningun programa; invocó un nombre, el del duque de la Victoria.

¿Y quién era el duque de la Victoria?

Era la negacion, la protesta contra la dominacion moderada durante once años.

Entre tanto, mientras el pueblo de Madrid, invocando ese nombre, trazaba un gran programa de reformas, se verificaba una gran revolucion en Zaragoza, ciudad que tiene un nombre inmortal en la historia, no solo de España.

¿Y cuál era el programa que el duque de la Victoria, invocado tambien por aquel pueblo, formulaba para espresar sus deseos?

QUE SE CUMPLA LA VOLUNTAD NACIONAL.»

Reflexiónelo bien el general Espartero: ¿puede halagar á la voluntad nacional que sus mejores amigos, sus mas fieles compañeros, los mas ardientes defensores de la libertad sean separados de sus destinos?

¿Puede halagar á la voluntad nacional que se forme un tercer partido compuesto de progresistas reaccionarios y moderados disidentes para que pongan al gobierno en un equilibrio insostenible?

¿Puede halagar á la voluntad nacional que haya dictaduras militares como en los aciagos tiempos de Narvaez, y *cambios de domicilio* como en la escandalosa época de Sartorius?

¿Puede halagar á la voluntad nacional que no se castiguen los presupuestos y que haya nuevas quintas, y que no se vean grandes reformas, ni se toquen economías verdaderas, ni se aminoren en grande escala las contribuciones que aumentan la miseria popular?

¿Puede halagar á la nacion el proyectado restablecimiento del derecho de puertas y consumos?

¿Puede halagar á la nacion que se postergue el mérito de honrados liberales, á la intriga é insolencia de los muchos moderados.

y aun *polacos*, que continúan en sus destinos mofándose de la candidez de los progresistas?

Responda el mismo duque de la Victoria á las precedentes preguntas, y si con su proverbial honradez nos asegura que de este modo se cumple perfectamente la voluntad del país, sellaremos los labios con la dolorosa convicción de que la capacidad intelectual de Espartero no está al nivel de sus buenos deseos, ni de su probidad, ni del prestigio que le granjearon sus antiguos laureles.

«Nadie desconfía del duque de Victoria, ha dicho un periódico independiente, no; nadie desconoce sus altas cualidades de patriotismo, de lealtad, de abnegación y de honradez; pero pocos confían, digámoslo francamente, pocos confían en ciertos hombres, que explotando antiguas afecciones y una bondad, tal vez escesiva, le asedian con sus indicaciones, le influyen con sus ideas, le acosan con sus consejos.

Estos hombres, menguados de entendimiento la mayor parte, llenos de vanidad ridícula muchos de ellos, que fundan su orgullo en la fecha de su nacimiento, como si la arqueología fuera aplicable á la política; en la honradez de que blasonan, como si la probidad no fuera un deber y en la fijeza de su sistema, como si los sistemas, por ser invariables, fueran buenos; estos hombres que gozan de reputaciones usurpadas, en tiempos en que los nombres se adquirirían casi sin competencia, son los que trajeron las catástrofes del 23 y del 43; los que no han aprendido nada en las lecciones de la experiencia; los que no se separarían un ápice de su antigua marcha, por mas que conduzca á tantos desastres como los que ha producido al país cuantas veces ha tenido la desgracia de que se ensaye.

Por sistema y por hábito, nunca se aperciben de lo que viene

detrás, nunca dan grande importancia á los enemigos que se coaligan para que retroceda el país; su pesadilla es el recelo de avanzar una línea; su inquietud, los liberales á quienes llama exagerados, porque no están á su lado: fijos en ese punto inmutable, de donde nadie los mueve hace 40 años, como no sea para renegar de sus mismos principios, y hablando del progreso por sarcasmo.

Parapetados en los derechos que alegan, para que el país les proporcione holguras toda la vida y en todas las épocas, hasta en las mas calamitosas, cuando impera la tiranía se están en su rincón, si es que no salen de él para saludarla, á cambio de nuevas mercedes; si se intenta una reconquista de los fueros hollados, se encierran en su egoísmo, predicán la prudencia y no se prestan al menor servicio; si llega el día en que el pueblo ponga coto á los sufrimientos de muchos años, entonces aparecen inmediatamente en la escena, hablan alto de sus inmemoriales hazañas, y vuelven á explotar el triunfo y á dirigir los negocios, con el mismo sistema, la torpeza, que es la cualidad que mas brilla en estos confeccionadores de ministerios por oficio y por afición.

Rodeados hoy de la atmósfera que habia en Cádiz hace medio siglo, pero degenerada ya, jamás se ocupan de la que se respira en la opinión pública, como no sea para impedir que llegue donde no convenga á su egoísmo: se suceden los tiempos, cambia la faz de Europa, varía la situación del país, la misma receta, las mismas apreciaciones y hasta las mismas frases para todas las épocas, para todos los acontecimientos, para todos los casos: su misión es la de perpetuarse, siquiera espongan el porvenir del país.

¡Triste idea la de la ancianidad, si para consuelo nuestro no viéramos con orgullo descollar entre tantas nulidades, tal cual

venerable cabeza, en quien la juventud tiene que estudiar modelos de los buenos patricios y de los hombres elevados.»

Si bochornosa fuera la posición de Espartero al pasar á segunda línea, no sería menos lastimosa la de O'Donnell si hemos de dar crédito, no solo á nuestras propias convicciones, sino á las del país entero, manifestadas por medio de sus órganos mas autorizados.

La prensa liberal condena la conducta del general O'Donnell y se lamenta de la humillación del vencedor de Luchana.

«El país, esclama, (1) ha dejado pasar desapercibido el empeño declarado del actual ministro de la Guerra por conservar en los puestos que en la actualidad ocupan, á personas que no obtienen ni han obtenido nunca la confianza pública, ha sospechado de sus intenciones, ha recelado de él y cree que abriga pensamientos hostiles contra la misma situación que él en tan gran parte contribuyó á crear.

¡Triste posición la del general O'Donnell!!

Por un lado amenazado por la reacción, que si llegase á triunfar no se olvidaría fácilmente del insurrecto de 1854, y por otro mirado con recelo por el partido progresista, á causa de la conducta anómala é incierta que desde que subió al poder observa; por un lado comprometido y por otro próximo á desprestigiarse y á perder del todo la popularidad que supo alcanzarse hace dos años.

Y todo ¿por qué?

Por no arrojarse decididamente en los brazos del partido progresista, que si viera en él decisión en favor de la causa liberal, le

(1) *La Iberia* del 30 de enero de 1856.

recibiría con entusiasmo: todo por no haber sabido aprovechar la ocasión que le ofreció el levantamiento de junio para romper completamente los lazos que le unian con un partido muerto á sus mismos golpes.

Esta es la verdad.

¿Qué debe significar el bando moderado para el conde de Lucena?

Debe significar la perversion de toda idea de gobierno, la inmoralidad, la corrupción, la muerte, en fin, de las públicas libertades.

Si esto no significa para S. S. el bando moderado, no comprendemos, francamente lo decimos, la insurrección militar que en contra de él acaudilló el general O'Donnell en junio de 1854.

Nos cuesta trabajo creer que solo el deseo mezquino de reemplazar á los desatendidos gobernantes que pusieron la nación al borde del abismo, le impulsase á levantar la bandera de la rebelión y á comprometer en una lucha fratricida la existencia de tantos españoles.

Vamos á hablarle como hombres de partido, si, pero también con la franqueza y ruda claridad que prestan las profundas convicciones, y el deseo de hacer justicia á los títulos de agradecimiento que á la memoria de sus últimos hechos conserva el partido liberal.

Antes de hablarle como enemigo debemos dirigirle nuestra última voz como progresistas leales y agradecidos.

Sepárese de una vez S. S. de la unión liberal, lazo tendido á la buena fé del partido progresista; únase resuelta y firmemente, no con palabras, sino con obras y doctrinas, al ilustre duque de la Victoria que es el verdadero representante de aquel partido y el

símbolo de toda idea liberal; considere sin preocupacion de ningun género de qué parte están sus enemigos y los amigos de corazon que aun puede sostener y conquistar, deje de ser una rémora para todo pensamiento de progreso y reforma, conozca de una vez su posicion, y todavía puede aspirar al aprecio, á la confianza y al respeto de los verdaderos liberales, de los que rechazan todo sistema de política hipócrita y capciosa, de los que quieren, en fin, hacer de todo punto imposible la vuelta de la reaccion.

Solo así con una conducta franca que revele verdadera decision en pro de nuestra causa, podrá conseguir que el partido progresista olvide las imprudencias que ha cometido y las gravísimas faltas que por una consideracion malamente entendida, hácia prácticas y hombres de otras épocas, el país puede echarle en cara.

Recientes están todavía en la memoria de cuantos se ocupan en la marcha de la política, las palabras que el señor O'Donnell pronunció defendiendo la por entonces anunciada destitucion de funcionarios tan notables por sus antecedentes liberales, como los señores Moriarty, Bautista Alonso y Bulnes y Solera.

Y tampoco se ha olvidado la especie de amenaza que dirigió á la situacion, manifestando que el día en que se separase á alguna de sus hechuras políticas, principalmente á los generales de Vicálvaro, verdadera encarnacion y símbolo del tercer partido, se creeria en la obligacion de retirarse del poder.

Lo cual quiere decir que el conde de Lucena respeta menos á los amigos del duque de la Victoria, que á los suyos propios, ó lo que es lo mismo, que considera la situacion como exclusivamente suya, puesto que no tiene inconveniente en destituir á hombres decididamente afectos al régimen actual y al general Espartero, y sin embargo, hace cuestion de gabinete la separacion

de sus compañeros, conocidos y paniaguados.

Estas cosas y otras parecidas son, como antes hemos indicado, las que han amenguado la confianza que el país tenia en el conde de Lucena.

Si anhela recobrarla; si puede librarse del mal consejero que hasta ahora parece haber dirigido sus pasos, que entre de una vez en el buen terreno, que entre con visera descubierta en las tiendas del partido progresista, y este viéndole cordialmente unido á él, olvidará las ofensas y desaires que ha recibido, y acogiéndole con la lealtad que acostumbra, le mirará no como el antagonista del duque de la Victoria y su partido, sino como al amigo leal que llega á robustecer con sus fuerzas el poder y la significacion de un gran partido, y el prestigio y elevada popularidad de su legítimo gefe.

Entonces las desconfianzas desaparecerán, la situacion se asegurará, los enemigos de la idea liberal probarán su impotencia, y se verá que un colorido político marcado, dará en fin el golpe de gracia á las infundadas esperanzas, que merced á la vacilacion del gobierno, alimentan los reaccionarios, los que en el caso de que llegáran nuevamente al poder, no perdonarian al conde de Lucena, ni su conducta en 1853 y 1854, ni sus discursos del Parlamento.

Hoy está aun el general O'Donnell á tiempo de evitar el desprestigio que le espera: acaso dentro de poco no pueda, aunque quiera, conjurar la tempestad que amaga su posicion política; tempestad que él mismo ha provocado y que puede desencadenarse de un momento á otro.

El tiene por enemigos á los absolutistas, por rencorosos adversarios á los moderados, por impetuosos combatientes á los de-

mócratas, y por recelosos y desconfiados amigos á los progresistas. En esta situacion, ¿qué le queda?

El fantasma del tercer partido, del cual es jefe y soldado á la vez.

Con tales elementos ¿admitirá el combate?

Si lo hiciera, no es dudoso prever el resultado.»

Con tales elementos en el gobierno, no es extraño que surja de ellos la inquietud de los ánimos, que los peligros arrecien y que en vez de las hermosas esperanzas que abrieron á los deseos del pueblo un horizonte radioso y feliz, se nuble la situacion y desaparezcan una tras otra las ilusiones del pueblo que triunfó en julio.

¡Pobre pueblo! Creiste haber hecho una gran conquista, y gimes sin libertad entera, y sientes aun en algunas provincias los sangrientos fallos de las despóticas comisiones militares, como en tiempo de los *polacos*, y careces del derecho de asociacion y del sufragio universal... y en medio de la general miseria, que hasta los elementos se conjuran para hacértela mas espantosa, las quintas roban hijos á sus madres y las contribuciones agotan tus escasos recursos.

Hasta la que mas directamente gravita sobre las clases pobres, que es la de *puertas y consumos*, abolida primero por las juntas revolucionarias y después por la Asamblea constituyente, se trata de restablecer por el mismo PATRIOTA que mas contribuyó al glorioso levantamiento de Zaragoza.

¿Y quereis que guarde silencio la siempre heroica ciudad?

Zaragoza no podia permanecer muda ante los males de España, y sus autoridades dirigieron á las Córtes respetuosas exposiciones

acerca del tortuoso rumbo del gobierno, acompañando otra firmada por millares de ciudadanos.

Leido en la sesion de Córtes del 5 de enero de 1856 el dictamen de la comision sobre ella, reducido á NO HA LUGAR Á DELIBERAR, pronunció el señor García Lopez un notable discurso, que como interesantísima prueba justificativa, no podemos dejar de consignarlo en este libro, como lo hemos hecho de todos los comprobantes de gran interés, y de algunos párrafos de periódicos que auxilian nuestro propósito como documentos históricos irrecusables, porque nuestro libro es una verdadera historia escrita con toda conciencia por lo que concierne á la parte política, donde mas que nuestra propia opinion, cumple á nuestro pensamiento historiar acusaciones ajenas, como venimos diciendo desde el prólogo, para probar que los males porque ha pasado y desgraciadamente pasa aun el pais, no son invenciones aisladas de un escritor descontentadizo ó apasionado, sino tristes verdades proclamadas en todos los tonos por autorizadas inteligencias, así en la tribuna del parlamento como en la prensa periódica.

Dijo el señor García Lopez:

«El Congreso habrá oido con asombro lo dicho por el señor Lopez Infantes, gobernador *in partibus*, menoscabando el derecho de peticion, poniendo en duda el que corresponde á los que han firmado la esposicion que ha oido el Congreso. Cuando por motivos mas insignificantes que en los que se funda la esposicion de Zaragoza se ha alterado la tranquilidad pública en algun punto, se ha dicho: ¿Cómo se han de aclimatar las instituciones representativas? ¿cómo hemos de marchar si los motines y la anarquía vienen á entorpecer nuestra marcha política y legal? Cuando la poblacion de Zaragoza acude en términos tan respetuosos, ¿es justo, es ra-